

Final de obra



HDJ

JORGE GOYENECHÉ



— JORGE GOYENECHÉ

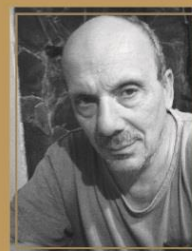
La Plata, 1952

Es egresado en Letras (UNLP). Durante la década del '80 publicó artículos en las revistas *Satiricón* y *Humor*. Obtuvo premios nacionales e internacionales por sus novelas y guiones. Fue cofundador y codirector de la revista *Oliverio*. Tradujo a Poe, Kafka y Rilke.

Publicó *Toda la delantera en orsaí* (Último Reino, 2001); *Semblantes de bestias* (De los cuatro vientos, 2003); *Serial Writer* (Gárgola, 2008); *Almirante de sal* (Parque Moebius, 2011). Premio Katarsis y Aurora Venturini; *Que algo quedará* (Puntoyaparte, España; Piedra de sol, Chile y Gárgola, Argentina, 2014. Primer premio Instituto Cultural de Puerto Rico) y *Mala Praxis* (Parque Moebius, 2015).

En 2015 recibió el premio provincial Almafuerte por su trayectoria como escritor.

Actualmente, conduce el programa literario *Lejos del centro* (FM Futura, La Plata).



FINAL DE OBRA

CONCRETO

Tres de arena y una de cemento.

A pesar del agua la masa es espesa/pesada,
también lleva piedras.

Deberían ser piedras de esas medio grises negras a determinada proporción (uno por tres, uno por cuatro) pero la pobreza le mete escombros, esos restos de demoler paredes que no irán.

También la eterna señora le mete una pala a manos y cintura no profesionales.

¿Qué hace un poeta mezclando en un rincón frío de la casa sola nueve baldes de arena, tres de cemento, tres de piedra y agua helada?

Tal vez mata sus culpas o apenas las mezcla y cree que obtendrá otra cosa, más sólida.

Tal vez mezcla hijos y esposa y sangre,
como puede, sin manual, solo

con fuerza de voluntad. Busca reconocimiento,
como cuando escribe.

Busca afecto, una mano en el lomo dirigida según el pelaje,
como cuando novela.

AYER viene y le dice algo. Pero él
mete la pala ancha en el borde del montículo arrinconado,
crepitan las piedras pegoteadas pastosas
como una maraca deforme y bamboleante, y no oye a Ayer.
O lo oye pero todas las piedras
ahora subidas a la pala que alza cargada
con el supuesto fin de mezclar la mezcla, hablan
con más fuerza aún que los malos recuerdos;
anulan sus circunvoluciones sólo atentas a la violencia
de los músculos no profesionales y la cintura
electrizada que se mete
con carga cada minuto mayor en esa pala
de castigador de algún círculo de Dante
donde él mismo es criminal y monstruo sadomasoquista

enviado por qué tali3n de dios.

Repite gestos y actitudes que vio ni3o.

Esa lucha eterna contra infortunio.

Infortunio as3 y todo venerado por el mismo par de infortunados.

La madre para mostrarse madre sufriente,

el padre para pagar culpas. 3Qu3 culpas

puede tener un timorato? 3No son las culpas

de los arriesgados, aventureros, lanzados, acaso?

Culpas deber3an ser de Ulises.

El suelo de la habitaci3n principal futura

es una suma de tumbas. Pegadas una a otra

hermanadas tienen ochenta por dos setenta y son cinco.

Cuadros de madera vieja nivelados contendr3n

/ya contienen en parte/ el producto

de la mezcla. Empez3 alg3n d3a

de esa semana, van dos, hoy ir3n dos m3s o tres

en su af3n ansia de fin si el cuerpo aguanta

y la voluntad siempre.

Tironea permanente el deseo de volver allá, allá donde están los otros cinco. Pero sabe que allá no da para más y que al menos en ese instante todo depende de esas piedras esa pala y rellenar todas las tumbas para avanzar en el tiempo. Y la pala rema en el mar muerto.

FUTURO llega y le recuerda cementerios de París donde dos de ellos miran tumbas de músicos famosos, de poetas famosos y de muertos infames. Toma un respiro endereza la espalda con el bastón pala y mira los cuadros de madera vieja rellenos de piedras. La proporción ha sido un balde de cemento cada dos de piedra tres de arena y bogar bogar en poca agua y mucha masa espesa que pesa. Por algo se llama concreto, por algo, porque los fantasmas que saludan más Ayer y Futuro que dicen no distraen casi nada del esfuerzo del dolor el sudor la culpa. Sobre todo la culpa y la necesidad de afecto. Remar para llegar ahí mismo y que una sonrisa se pose

en la zona dolorida en medio de la espalda.

Futuro igual llega de nuevo y le recuerda que habrá novela. Ese millón de piedras viejas de paredes ya desmoronadas reunidas aleatorias rema boga rema rema con la pala ancha y una masa una pasta pegajosa que sola sola se adensa que hay que apurar el tiempo para que la pala no quede clavada en un montículo informe inútil realmente no buscado.

Ay no se le escapa cuando solo en la casi casa solo. Ay es para los que quiere y necesita.

Vuelve Ayer y le rememora sus ayes inútiles que nadie consoló. Futuro no dice nada. Lo mira.

Se guarda todos el ay que tiene para cuando llegue allá donde están los cinco. Para que cuatro solamente hoy lo admiren desde abajo en su heroísmo de albañil improvisado que todo lo arregla,

para que una lo mire ojos a ojos y comprenda su miseria inmadurez tal vez soberbia de solucionar de hacer el gol olímpico atajar el último penal .

Futuro inmediato le muestra a los seis acostados riendo, ellos

dos comparten una era, mirando el techo allá lejísimo esperando las maderas de arriba. Que él, héroe improvisado en lugar de poeta novelista es carpintero, colocará también con esfuerzo notable y sin un solo ay cuando está solo. Cada tirante otro remo en mar de cinc como el vasto cristal azogado de Rubén. La casa, cuando él puede respirar porque inclina la cabeza y bebe el agua, es siempre fácil metáfora de poeta, alegoría, y plot de novela con su intertextualidad de Usher, Tomada, miré los muros de la patria mía si un tiempo fuertes ya. Pero lo puede de inmediato la voluntad para tapar sus múltiples agujeros, enduido a los deseos, las memorias. Y sigue con sus clavos con alambres alisados cañerías. Es que la casa esperada es la obra postergada, son los años muertos llenos de muertos en una tapera a escondidas. Y ahora, casi tarde ya para su cintura, o al límite que no quiere reconocer de sus fuerzas, llegan los camiones de arena y bolsas de cemento y las piedras grises negras y la pala. No puede no hacer la mezcla.

El balde cinematográfico, legendario, mítico con mujer cantarina
que lleva el agua ídem es para él

-plano de lo concreto-

castigo de omóplatos, dolores nocturnos y revueltas

en la cama por diez noches. El agua será turbia

y dejará los dedos como los dedos de los muertos. Aspereza

es también hablar la lengua del hombre que mira pasar las tetas

y los culos mientras le revolea cincuenta kilos de bolsa de la

calle a la vereda rota. Y él apenas puede con ellas y con la

gesticulación pertinentes a la escena.

Al inhalar el aire agónico bajo aquella gravedad de Júpiter,

algo ventila la memoria rara y las imágenes

de personas con los pies

cementados

arrojados

al fondo

del río pastoso

le duele también en las rodillas y atrás de las rodillas en el

huevo poplíteo. De aquello se salvó por azar, aquí lo castiga

ahora la necesidad.

No fue Ayer quien regresó el espanto, sino Dolor,
porque dolor es dolor siempre y comprende a todo dolor.

Todo dolor hecho con iguales ingredientes. Tres de arena, una
de cemento, cuántas piedras, ¿agua? poca.

El esfuerzo es tan bruto que veloz también anula
las malas memorias y lo sumerge en un mar del que su pala
remo
no lo saca.

Como un castigo de mitología, cuanto más revuelve y carga
balde y los acarrea y los vacía
en las futuras tumbas de las eras entre maderas niveladas
más pesa el resto, más lejos queda la montaña
de mezcla en el rincón solo de la casa futura.

Por momentos asoman recuerdos ajenos, pinturas, láminas.
Multitud de campesinos trabajando bajo el ojo de Brueghel,
desolaciones de la plaza de Italia, o los enormes vacíos densos
de Dalí. Como el aire del abanico, que solo revuelve el mismo
aire de siempre pero da sensación amable. El cuerpo estúpido

sigue y sigue aunque no pueda, y atrás de los ojos los pintores.

Otros tienen dinero para albañiles y mucamas y remises, él con

la pala y colores, ella con los niños y seguramente colores.

Afuera el dolor y la furia del cuerpo,

adentro la batería que lucha bajo la cáscara eternamente

castigada.

Cuando no asoma desde el fondo el dolor más serio de la

muerte.

La muerte que quiere tapar no resiste él

su cara de muerte ni joven

siquiera apenas unos gestos simpáticos en pos

apenas una levedad para el recuerdo y mete

su cabeza pesadez en toda la montaña de mezcla dura que no

anula la muerte pequeña de la era que falta, que ya falta, entre

las cinco cajas de la habitación con piso ya putamente relleno.

Una mezcla dura de concreto insalvable, indestructible, sin

fisuras.

Ni Ayer habla.

Futuro se esconde.

Tres mil de arena y un millón de piedras.

Viene la lluvia con su tópico de tristeza. Cala. Muestra la inmadurez la falta de sazón los restos verdes del albañil impuesto, que solo no puede llorar por fuera. Adentro es otra cosa,

el agua precipita fluye no lava nada solamente
recorre todo hasta los pies quizás atraída por el agua
de afuera que atravesó el calzado con su mojadura
turbia pastosa de mezcla a punto de secarse y nunca seca
se renueva por pastones nuevos. Sí,
todo es tópico, el muro que levanta,
las piedras que le pesan,
la lluvia triste; pero es el tópico
de él

ahora

en cada hueso ya no literario aunque poeta sea
alguna vez o novelista también sea.

Hay un olor de moscas en torno a las montañas
esquinadas donde la pala busca instalarlo. En el fondo

de la voluntad y de la fuerza y la energía
hay un destello de erguirse,
de ponerse en manifiesto. Es el motor inmóvil,
enderezar el cuerpo y ser visto en pose de haber hecho. El
macho
que se sube a la colina y aúlla. Qué otro grito
puede hacer con tanto músculo herniado, lagañas de concreto,
la muerte en la aspereza de toda la piel. Se humilla frente a los
elementos. Anularse por esfuerzo traerá el olvido. Ni
momentáneo, apenas pestañeo del dolor que se sigue
viendo/sintiendo.

Hay un árbol afuera. Quisiera ser el árbol. Fresno
inmenso. Cuando con hojas
esa piel verde oscura rugosa que se expande hacia la luz;
si caducas ya, la madera es recogimiento,
cajón de muerto vivo a la espera de otras verdes
perennes por una estación. ¿Alguna vez
pensaba/pensare en cómo llega el dolor
desde las nervaduras carcomidas hasta el interior centro del

tronco?

No puede llegar a pensar en cómo llega el dolor desde las uñas corroídas hasta el interior de sí mismo. Porque a mitad de camino se desvía la atención hacia el nuevo dolor que viene, al que se produce ahora, a este que vendrá de inmediato apenas clave violenta /no hay otra manera/ la pala en lo profundo de las piedras.

Una vez el piso aunque desparejo ya listo para carpeta y tal vez cerámicos, vendrá abrir en la pared a puro martillazo una ventana. Antes poner la viga doble T. Y nueva montaña devendrá de trozos a moler para más pastón y más paladas en el rincón solitario esquinado de la casa futura.

Todo sin plano, únicamente plan de mudarse cuanto antes casi como sea lejos de la ruina prestada.

Vivir allí los seis, por fin.

Futuro viene con su expresión

canchera de quien todo lo sabe, pero él no quiere
saber nada. Quiere una casa,
ni el tópico de nido,
ni el tópico de tumba. Por unos cuantos años, una casa.

EL LOTE

Ningún lugar es nada.

Toda esa tierra suya, seca y calcárea,

apisonada quizás por antiguas tropillas como una rastrillada

que no conduce a ningún destino,

esos metros cuadrados donde construir la casa que se resisten a

la fuerza de sus brazos al filo de la pala y repican ante cada

intento de penetración como un campanazo irritante,

toda esa tierra polvorienta donde el agua se estanca

y no penetra con su oxigenación,

donde no habitan lombrices que remuevan

sino solamente hormigas egoístas que cavan su caverna y

guardan el botín de hojas robadas,

toda esa poca tierra suya muerta como un patio es algo.

Porque ningún lugar es la nada.

Allí debajo ciertamente, lo ven sus ojos rayos equis de novelista,
hay algún infierno,

algún pequeño submundo de ánimas viejas,

tal vez lejanos aborígenes que perdieran de manera insólita su
rumbo

vivifican desde abajo,

o la energía que volara de algunas vidas como petróleo de
dinosaurios.

La materia más cruda tiene también, piensa el novelista, algún
brillo interior, llámese espíritu energía resto por siempre, y nada
podrá interponerse entre las vidas que se acomoden en la casa
allí arriba y esos númenes que emitan sub sole.

Aunque más no sea

(y es mucho)

estará toda la literatura

y toda la psicología. Habrá una puerta
que aborte la esperanza de los que la atraviesen
y luego todos sus círculos hasta los largos pelos escalones que
llevarán al purgatorio (entonces hay esperanza).
Habitará el ello, indomitable bestia (de cada uno de los que por
arriba circularán)
al acecho primitivo irracional
absolutamente frontal nunca mentiroso por eso mismo.
Y el superyo también habrá de pavonearse con su cetro y su
corona,
en el otro rincón del cuadrilátero inferior.
Sí, se dice (y le sirve de acicate para seguir con su obra bruta),
aquí se construye también desde el abajo,
y toda la materia no es solo cosa,
no hay tal,

no existe la nada, la nada no es,

la materia polvorienta,

la materia roca que le opone su muralla tiene vida

y alimentará y desnutrirá las otras, vigilará,

intentará mandar dominar, les gritará esto no

esto sí,

también les pinchará las plantas de los pies

para que salten sangren puteen agredan.

Aunque sin lombrices, aunque puro mineral, ninguna casa es

nada.

SILENCIO

Aquí no hay ecos.

La zanja, los pozos con sus fierros trenzados se tragan como oxígeno los gritos.

Nadie verá el orín de esos metales mezclados

con tres de arena una de piedra y una de cemento.

El pasto no habrá de tiritar con la melodía del llanto

ni los acordes de la queja.

Los animales pastan lejanos y apenas si una vaca mueve su cabeza

hacia la fuente del lamento.

Más tarde irán trepando las paredes y entre sus huecos

se volarán ayes y puteadas.

Y cuando la construcción

sea casi una casa,

todas las voces del novelista se colarán

entre la cal del revoque fino.

Allí estarán, a la espera.

MANUAL DE INSTRUCCIONES

Los materiales no llegan, el camión se ha demorado y ya no sabe qué acomodar o remover. Sin el cemento y la cal no hay cómo seguir. ¿Solo con arena? Nada. Apila en otro rincón, debajo de la mesa estarán más protegidas, las pequeñas herramientas eléctricas. La caja del taladro, la amoladora angular, la sierra caladora de mano en sus respectivas cajas. Adentro la maravilla que ahorra fuerzas. Reúne el novelista aburrido los papeles satinados y colorinches de cada aparato en una pila que simula un libro desparejo por el tamaño de los manuales. Y lee de reojo, mientras espía la calle de tierra por donde llegarán

las bolsas

con su futuro de fuerza bruta.

Lea atentamente estas instrucciones de seguridad.

Estas páginas le enseñarán sobre el uso seguro del equipo. A

menudo el usuario de una máquina no tiene experiencia previa, no ha sido instruido correctamente, o no ha leído el Manual de Instrucciones antes de usarlas por primera vez.

Siempre cumpla con todas las normas aplicables de seguridad en su país, para prevenir los riesgos

a lo lejos pasa un camión con otro rumbo

y daños personales. Deberá aprender la diferencia entre el uso apropiado y seguro de la unidad y lo que significan las prácticas de uso inseguras y peligrosas.

el uso inapropiado del equipo puede resultar extremadamente peligroso para el operador, para las personas que se encuentren alrededor e incluso para el equipo mismo.

Este producto puede generar un poco de humo durante un instante la primera vez que funcione.

Nunca anule la conexión a tierra,

ni use adaptadores que la anulen.

No se sobreextienda.

Evite trabajar en posiciones inestables.

Manténgase firme y en posición segura.

Un mate. Es hora y ocasión de hacer un nuevo mate.

La garrafita despide

su llama azul con amarillo

porque se filtra el viento de la nada.

La yerba usada sirve de abono y el novelista renueva la carga

con parsimonia, haciendo tiempo, esperando la llegada del

camión lleno de kilos que caerán

sobre su espalda

como el condenado quiere la horca ya.

Echa una gota sabia para no quemar la yerba. Mira a lo lejos.

Otra gota, casi a la temperatura adecuada. Acecha el camino.

Camina. Comprueba la perfección de la temperatura colocando el dedo meñique en la pava. El calor quema bajo la uña, y es el punto exacto. Otra gota y el resto va al termo. No quiere sentarse pero no hay otra opción.

Mate y manuales.

Use ropa de trabajo adecuada. NO USE ropa suelta, bufandas o collares.

Si tiene el cabello largo recójase o use un gorro protector. si trabaja a la intemperie lleve calzado antideslizante. utilice siempre el equipo de protección: anteojos de seguridad, máscara antipolvo, protección auditiva, calzado y casco de seguridad según las necesidades del trabajo a ejecutar.

si no se utiliza con cuidado se puede incendiar la máquina.

(El texto, piensa, es polisémico. Y trata de evitar toda lectura alegórica, toda metáfora. Ninguna relación debe hacer ahora, se dice, entre "lugares prohibidos para el uso de la herramienta" y armar un argumento de futura novela)

Mantenga limpia la zona de trabajo, tenga en cuenta el entorno, protéjase contra las descargas eléctricas, sujete la herramienta de forma que las chispas no salten en su dirección.

No toque la pieza de trabajo inmediatamente, puede estar muy caliente y causarle quemaduras.

Mantenga alejados a los niños: no permita que otras personas toquen la herramienta, manténgalas alejadas de su área de trabajo.

Guarde sus herramientas en un lugar seguro.

Las herramientas son muy peligrosas en manos de usuarios no capacitados.

No sobrecargue la máquina: trabajará mejor dentro del margen de potencia indicado.

no alargue demasiado su radio de acción: evite adoptar una posición que fatigue su cuerpo. mantenga un apoyo firme sobre el suelo

y conserve el equilibrio en todo momento.

esté siempre alerta: observe su trabajo.

ponga atención en lo que está haciendo y

use el sentido común al utilizar la herramienta.

no trabaje con la herramienta cuando esté cansado

o bajo la influencia de drogas, alcohol o remedios. un momento

de distracción mientras esté operando la herramienta puede resultar en serias lesiones.

no están incluidos en la garantía los defectos

originados por: uso inadecuado de la herramienta, desgaste natural de las piezas, daños ocasionados por aguas duras o sucias, daños por golpes, aplastamiento o abrasión, daños ocasionados por mezclas incorrectas,

esta garantía caduca automáticamente si la herramienta fue abierta por terceros.

MATERIALES

Llega el camión con sus cementos y sus cales.

El hombro con la bolsa de cincuenta kilos

asegura un futuro de tendinitis,

líquido sinovial como fuente de los deseos,

un pinzamiento que será ardor de dedos y leve cosquilleo

y rayo desde y hacia el codo a la hora de novelista

sobre el teclado qwerty.

Las bolsas se suceden hasta el alivio de la cal

con sus simples veinte kilos.

El camionero viejo muy viejo sin alas enormes pero con cintura

visiblemente rota y un caminar prostático, da consejos y cuenta

anécdotas de obras y epopeyas. Un gigante que llevaba tres

bolsas a la vez, años duros de hambre, prósperos de trabajo, la

familia y los hijos nunca les faltó nada, el otro país después de

la guerra que siguió siendo guerra, acá una semilla en cualquier

lado es zapallo o árbol de frutas.

Mientras le arroja roca tras roca desde la caja

hasta el costado de sus ideas,
no hay amortiguación salvo su cuerpo preparado (él cree) sólo
para la escritura,
adaptado (se victimiza) a lo que viniere para cazar el mamut y
defender la caverna.

Debería aprender del viejo muy viejo y su estoicismo.

Pero cómo se resigna un novelista casi poeta. Tal vez pueda
entregar la carnadura y reservar el espíritu.

Le suena a antigüedad, a modelo del pasado.

No hay espíritu, se dice, no hay carne, es todo un bloque
inseparable

como será el pilar cuando el cemento fragüe.

Tras la apariencia originaria (sigue) de agua y piedra y cemento,
todo será casi definitivamente, casi eternamente

-si mide con vara de vida humana-,

todo será un bloque macizo e inseparable.

Para llegar a ese estado, ay, diluye sus huesos,

fractura la física y la química del tronco y las extremidades,

ocupa hasta la ceguera la sinapsis. Media hora

acarreando materiales no es catarsis sino agotamiento.

Intenta pensar, ya sabe que allí inmerso en el trabajo bruto el novelista planea, describe, caracteriza; pero esto es demasiado esfuerzo físico y toda posible luz está dirigida a ver cómo y dónde apoya los pies, cuándo es el momento preciso para afirmar el hombro y equilibrar el bulto, inmediatamente tras seis pasos infinitos,

la mente sólo ve el rincón donde depositar su carga, el cuerpo se resiste cada vez más torpe a hacer el movimiento exacto y ese temblequeo de huesos y músculos se acelera y produce más y más cansancio.

Son diez bolsas,
como diez mandamientos de piedra.

Son culpas y pecados que llevar, visibles,
encima de él para que se vean,
para que el camionero viejo de las piernas arqueadas
las mire, lo juzgue y le corrija los movimientos,
le hable de fortalezas y leyendas, sin piedad.

Entre la octava y la siguiente logra una duda,

quién será más feliz,

¿el simple extranjero que consiguió el pan o él que además procura escribir sobre el pan? La respuesta tradicional no lo convence del todo.

¿Se es más infeliz cuanto más se sabe?

No necesariamente cien neuronas son más que ochenta.

Y vuelve la violencia física a hundirlo en el esfuerzo solo, sin más conciencia que la de extender sus ciliastillas, cargar la hoja gigante para pasar el invierno allá abajo protegido, bufar y afirmarse para que el carro trepe la colina una y otra vez. Está nadando

en un mar sin horizonte, tragando agua,

braceando en la oscuridad del ahogo. Y sin embargo

entre golpe y golpe aflora alguna idea, un personaje, una

emoción especial que escribirá luego. Algún día, tal vez hoy

mismo cuando tras descargar las diez bolsas y colocarlas bajo

resguardo, se siente en un rincón de la casa en veremos y anote

con el lápiz de carpintero tres palabras clave en un resto de

papel (y recuerda al poeta preso Mauricio Rosencof que

escribiera en papelillo para armar cigarros).

Duelen las manos.

Se fortifican. El gimnasio áspero de la obra expone los músculos a la tensión del viento frío y la escarcha, al ardor estival del sol del mediodía.

La radio interrumpe su música de fondo con crímenes y accidentes. ¿Cuál es la ropa de trabajo? Un viejo pantalón y un buzo viejo dejan la cintura expuesta hasta la ridiculez. Ningún calzado resiste, nada puede aislar los pies de la humedad del piso, con los polvos que se cuelan hace una crema sucia que impregna las medias.

El mate pierde significado en soledad.

Entonces el novelista se desdobra y se ve tomando. Pero de todos modos se aburre rápido del juego y queda el termo como faro intermitente

llenando un recipiente con jangada tibia.

Hay que aprovechar la jornada (nada de carpe diem); el tiempo se demora, no huye irreparable oh Virgilio,

aunque en su ansiedad el novelista piensa que no ve el avance de la obra.

Y por momentos le vienen de adentro ráfagas inevitables de brutalidad. Tomar agua de la manguera que llena el tacho de veinte litros, comer pedazos de pan, fetas de fiambre al vuelo enroscadas, un tomate de la zona, todo de a bocados grandes sin detenerse a convertirlos en sándwich, materia prima elaborada, y va como enjaulado en la vastedad del campo, con pasos casi miméticos de oso en el zoológico infantil. Sentirse fiera le hace bien, lo libera de tanta lectura. Como eslabón perdido que está atento a los peligros y no deja pasar la presa. Ahora no importan tantos siglos para llegar al uso del tenedor, las muchas gracias con sonrisa ocasional, permiso, buenos días. Solamente hablan los huesos y articulaciones del casi no erecto.

Y aún falta volver.

Odisea sin dioses, sin cíclopes,
solamente olor a sudores y bufidos
de gente agotada por las leyes del mercado.

Todos tan apretados y desiertos
de ánimo que ni deseos de odiar conservan.
¿Para qué tanta gana de volver, si lo mismo ocurrirá mañana?
Todos atados a la soga que apenas llega al plato. Y él,
cuando recobra un décimo de aire, observa
y guarda el argumento en la memoria.
Así, por lo menos, quedará junto a las pirámides
testimonio del estrago.

ESCALERA

La cara contra el piso es una crema de sangre.
Pero ninguna guerra, independencia, liberación.
Solamente una caída.
Antes hubo una mesa y sobre la mesa una escalera.
Mesa y escalera son mal maridaje,
y madera y caños soldados parecen incompatibles
salvo cuando se transforman en subibaja. Te veo y no te veo
fue el tris hasta el cerámico brillante
ahora pegajoso de sangre como crema. La cabeza
rozaba el cielorraso en su afán de conectar cables
(ay la casa con su eterna demanda de acciones)
y luego la nariz, los labios con sus dientes
en impresionante espectáculo unipersonal.
Levántate cien veces almafuerte, se dijo,
se autoconvenció voluntarista
aunque no se creía a sí mismo. Se levantó

como pudo, en minoría.

La omnipotencia tiene las patas cortas. Qué lejos

estaban todos,

y el novelista solo con toda su sangre afuera. En su estupidez

pesó más la palabra que el dolor –por unos instantes,

ciertamente- y se imaginó a sí mismo como media dada vuelta,

como planeta con el magma afuera,

barco de agua en mar de tecas

(esta última metáfora le gustó más, o sólo le gustó esa, la

desarrollaría).

El dolor intenso es buen mensajero

y lo devolvió a su cara con el tortazo poco gag

de merengue rojo,

al brazo con todas sus partes en estallido

(uñas, dedos, muñeca y más el codo y más el hombro todavía).

Vino Pasado con modulación paterna y le dijo

“ya lo sabía te lo advertí”

vino Futuro y no habló pero en el aire quedaron las imágenes de

oráculo fácil con radiografías, yesos, férulas, infiltraciones

dolorosas, resonancias repletas de claustrofobia, hematomas,
todo perenne. Esta vez no eran raspaduras del revoque ni
moretones por martillazos ni pellizcos del alicate,
pequeños poemas pizarnik.

Ahora se venía un 2666, un crimen y castigo con toda su culpa
de novelista terco y omnipotente y pobre
que no puede
no quiere pagar
por lo que puede hacer él mismo,
él que todo lo aprende a los empujones con su furia
pura voluntad de burro,
que eso es sinónimo de artista creando objetos inútiles
y más aún si es novelista.

Todas esas páginas todos esos días con sus golpes pesadillas
sangres que no impiden pedalear y pedalear, con sus felicidades
breves más breves aún por tipear y tipear con desesperación de
hombre libre.

La sangre seguía allí saliendo de sus narices
mala coagulación buena circulación

y en la casa en obra no hay botiquín solo un poco
de papel

y milagroso pervinox

que encorchan las fosas.

Limpia el novelista la cara con más miedo que al corregir
escritos viejos y encuentra su cara de siempre, algo hinchada la
nariz y los pómulos. Tal vez, piensa, le sirva para describir algún
personaje secundario tras una pelea callejera. Alguien que
vuelve del trabajo agotado y lleno de resentimiento contra su
suerte miserable y se choca, pensará los detalles y las causas,
con otro miserable maltratado por su familia. Sucede el cruce de
golpes. Al fin y al cabo con menos se escribió el mito de Edipo.

El dolor insiste, anciano recurrente,

desmemoriado idiota

que vuelve y vuelve a decir lo mismo,

a golpear de nuevo

en el mismo hueso.

Reaparece la sangre

y gotea el piso tan trabajosamente colocado.

Una via crucis hasta el baño. Tanto dolor de afuera,
se dice, me hace olvidar mis culpas y mis cargas,
las pesadillas y malas memorias son tapadas
por la tierra densa de tanto líquido sinovial desparramado
ardiendo los músculos, tanta pared
y tanto piso contra los huesos.

Su cuerpo es un libro húmedo del que por ahora
intenta salvar el papel,
un libro quemado que apaga con las manos
y los pies descalzos.

No importa si quijote o novelita.

En la emergencia nadie pregunta por el carácter del moribundo.
Maldita la velocidad de la sinapsis superior a la de músculos y
tendones; el dolor llega un minisegundo después del
pensamiento, o mejor decir, es tan inquieta y como de corriente
alterna la idea que salta entre ay y ay permitiendo que el
novelista en sangre elabore aunque de manera entrecortada
unas imágenes,
pequeñas ratoneras donde esconderse

y espiar el mundo. Un titilar
de arbolito navideño, episodio mínimo,
pinchazo en el omóplato, diálogo
fugaz entre dos personajes secundarios,
ardor en el labio cortado,
sístole erótica, diástole tanática.

Nota el novelista que siempre ha sido igual entre su creación y
su construcción cotidiana, una conciliación de remos que no
siempre, que casi nunca, bogan simbióticos,
que él gira y gira loco
sin salir de la nada
y el río lo mueve envejeciendo. Y hay que terminar la casa,
hay que refugiarse de las lluvias y los fríos,
a golpes,
cómo sea,
vendrá luego de a poco la obra.

Por ahora el dolor insiste con su tenacidad de perro
enceguecido.

DEMOLICIÓN

La furia deja su reguero
de uvas pisoteadas,
cáscaras duras muellen el piso
y lo nievan azules
para que nadie pueda detener su marcha
encima de ella.

El novelista solo tiene enfrente enemigos de mezcla y ladrillos huecos, inevitablemente contra ellos la emprende con sus puños, a patadas, con las uñas, también la cabeza que arde por dentro se estampa y estampa hasta el inicio del mareo que sin embargo no es eficaz para detener todas las espinas y todos los clavos gigantes que saltan bajo la piel, tras de los ojos y desde los orificios de las narices, las orejas, innumerables los poros,

queriendo ser erizo contra el aire. Otras personas serían necesarias para asedar la ira, que la materia con su estupidez solo consigue multiplicar el estallido.

Ay si pudiera romper cada milímetro de arena,

piensa como ebrio el novelista,

demoler cada nanogota de agua turbia

y fundir las chapas del techo

y los metales de los cables

y los caños. Pero está solo y tiene un mandato

que incluso sobrevive lúcido a la furia de aniquilación.

Allá estarán ellos esperándolo, con curiosidad por conocer las novedades, los progresos de la obra. ¿Cuánto falta para la casa necesaria, están puestas las ventanas,

andan las luces acaso?

Ninguna de las causas que lo han herido son suficientes para demoler la construcción,

sí para arrasar la ciudad y el pasado,
sí para hacer cenizas finales de quienes lo abandonaron,
sí, seguramente sí, para decapitar todas las asperezas
e injusticias,
todos los miedos de esa época,
a cada agente de la muerte y la tortura.

Más esa marca de infortunio que se le cruza en cada bocacalle.
Pero la casa que vendrá no se merece una venganza
sino memoria.

Y así cada rincón de la obra, cada caño, cerámico,
bombita de luz habrá de ejercer
su finalidad sin odio, pero sin olvido.

La casa será el libro a pesar de las tachaduras
y enmiendas, de tantas erratas y hojas pegadas.

La furia insiste con su espuma de aerosol,

de glifosato, fumiga todo el piso

y el campo que lo rodea.

La cabeza del fémur cepilla piedras

y cada tendón se empasta de cemento agrumado,

el universo entero entra en ebullición

big bang improductivo desolador

y las galaxias giran a contramano a sus ojos

que solamente ven lo que le han hecho,

en qué lo han convertido,

y a pesar del esfuerzo por salirse de ese pozo negro

y de la toda voluntad por construirse distinto,

el suelo donde pisa de vez en cuando lo envuelve

en el terremoto de su pasado,

de las frustraciones que no logra domesticar.

Sabe que uno es lo que hace

con lo que han hecho con uno (gracias, Sartre),

pero lo que han hecho sigue de hielo

a pesar de los paños calientes.

Y cuando salen, cuando vuelven con la hipotermia de la niñez

se alza la furia,

una cuestión fisicoquímica de compensación de temperaturas

que en lugar de equilibrar,

simplemente

destruye el todo.

Aunque sea por un instante. Y sin embargo,

las paredes sobreviven.

EL TECHO

Aclaración inmediata: el techo

con toda su madera lustrosa,

con su cerrazón umbría de chapones o tejas

no es tapa de tumba. Ni edgardos poes

con sus gatos negros han sido ni serán lapidados

allí bajo esas paredes aún húmedas de cal.

Tampoco es el final de nada. Construir empieza

por cavar pozos para pilotines, empieza antes

con elegir terreno, antes aún

con poder, antes con decidir. Termina en el techo,

la pintura, luego termina en colocar las luces,

comprar alfombras y cortinas. Y luego.

Sigue después.

Y no termina. Pero el improvisado constructor novelista

sospecha, está seguro de que con el punto final, finaliza.

Ciertamente le han quedado las yemas quemadas por la mezcla,

corazón volando,

y todos los músculos agarrotados. La imaginación también,
y las sinapsis como empastadas por la idea fija, básica,
de la puta casa. Una palabra como un ladrillo
-piensa o fija en el subconsciente-,
una vez escrita la línea y levantado el relato,
revoque y pintura. Pero no.
Viene Futuro con su risa canchera y su experiencia
de viejo vizcacha,
lo mira de arriba (como mira siempre Futuro)
y no le dice porque el albañil novelista casi poeta no escucha
lo que oye procesa otro discurso,
no le dice Futuro que la pintura se descascara
con el tiempo y la humedad y se lastima
con la vida cotidiana para que saque conclusiones simples
que un simple podría sacar
de metáfora torpe como ladrillo igual palabra,
pared igual...
Encima la chapa nueva con su relumbrón le deja
en el fondo de cada ojo,

en el alambrado del cerebro,
dos brillos
que se le quedan,
le permanecen allí,
dos focos de algo que no se le viene a chocarlo,
que ya le ha atravesado la linde de la cara
enrojecida por el sol. Y recuerda las sombras
de la cueva platónica, pero estas dos reverberaciones brutas
no son sombras de ideas,
son tajos en el iris,
son la chapa en todo su esplendor de espejo de sol.
A ver si se le aclaran los pensamientos,
a ver si se le iluminan las intuiciones de pobre novelista
casi poeta subido a un techo
con más inclinación de la indicada,
nada de un centímetro de diferencia por metro
para que corra el agua,
cinco son para combatir con su excesiva pendiente
la inseguridad de goteras. Ya vivió con los pies mojados

en la cama bautizada o maldecida con el tictic tic del agujero
inhallable en la vieja ruina prestada

(mientras alrededor circulaban los asesinos de caza).

Ahora quiere su techo perfecto

aunque durante la colocación a solas, siempre a solas,

deba aferrarse al tobogán ladino;

martillo en la diestra y clavo cabezón esperando

puntería. Los dedos ya no temen, están morados,

apenas pueden sostener esa saeta mientras el brazo

vuela

con toda la furia incontinida.

Con cada golpe siente,

casi piensa,

que ha dado un paso hacia el finaldeobra.

Pero todo recomienza,

metempsicosis de la construcción.

¿Si ya están los muros, los cerramientos, si ya va estando el
techo, se dice a solas y repite luego en la casa ruina donde
esperan con ansias de verlo y de mudarse los otros cinco,

¿entonces finaldeobra?

Se contesta, como siempre, que sí, que vamos llegando al horizonte, lo veo allí está, unos pasitos.

Pero sabe que se mueve y se autoengaña para que los pies, la voluntad,

el brazo que golpea,

no lo escuchan y se crean que falta poco

para llegar a las indias, la tierra prometida,

su casa.

Difícil mantener el ritmo de los clavos

porque empiezan las nubes desparejas a sus espaldas

a interrumpir/accentuar luego/ los flashes de un sol

que pendula otra vez poe sobre su cabeza de pozo.

No ve las nubes, solo ve el impacto del martillo

y la deformidad perfecta de los plomos

sobre la chapa que se oscurece –pasa la nube-

que lo fotografía –pasa la nube, y él recuerda

a Aristófanes que viera las nubes

que verá Azorín

que el narrador casi poeta no ve

pero descubre platónico en los opacos

y en los espejos del cinc resbaladizo.

Se piensa como gato

/le sigue el de eureka en la memoria/, así en cuatro patas sobre

el tejado de cinc caliente,

todo él es literatura.

Cuanto más bruta la fuerza bestia

que va realizando,

más vuela la memoria y llena todo el cráneo

con sus citas, sus autores, él tan ciego

frente al relumbrón de la chapa,

y casi no hay lugar para el dolor de adentro,

el verdadero dolor que duele desde siempre,

que tapa como un bloque los ayes de los dedos

golpeados, las yemas ardidadas, las rodillas

entumecidas por la postura de gato

que no es gato. Si agota el cuerpo,

si rellena el seso con las líneas de versos leídos,

de capítulos disfrutados, de escrituras

posibles, seguramente

-cree el pobre novelista- olvidará

todo el dolor que recuerda. Así empezó a leer,

así sigue escribiendo.

Morir empieza antes.

Y contra toda prueba irrefutable, contra toda

la evidencia material,

como por ejemplo haber visto los huesos aserrín

de los muertos, nada termina, todo sigue.

El novelista casi poeta sabe que mientras vive es inmortal.

Cuando deje de serlo, no será nada.

Por lo tanto siempre se continúa,

se sigue eternamente arriba del techo

de chapa con el martillo

en posición de gato que no goza

ni maúlla lastimero/ardiente, las manos y las rodillas

y las puntas de los pies quemándose,

los ojos impactados de rayo.

Y darle y darle al martillo sin la aventura de Thor,
sin ser Hefesto,
para cerrar una caja donde vivir los seis, un cubo
de seis caras por adentro, un bloque
que nunca termina de construirse. Una frase,
una oración inconclusa llena de comas y punto comas
y ningún punto final
El techo es a dos aguas,
él está casi nadando en una. Pasado asoma
su cabeza por la otra, subiendo sin inconvenientes,
con irrealidad dócil de escalera mecánica.
Porque Pasado siempre vigila y señala con el dedo
indicador de normas y culpas que pagar;
nunca la mano entera blanda de la caricia,
demorada en su paso por la mejilla,
por la mano del novelista niño, nunca. La mano
de Pasado es de vigilar y castigar, rigor y grito
articulados. Y el novelista niño casi poeta
que aún no escribe, acaricia las letras de los libros,

frota historias y aventuras,
se besa con las páginas del uno al cien. Y ahora,
mira las cabezas de los clavos con plomo y los golpea,
se asegura de su deformidad salvadora
contra las chapas que impedirán toda gotera tictic,
toda mancha culposa y su castigo.

Nada es liviano. La madera del bosque
con su aroma a cocina de la abuela,
esas leves rayas negras ondeando marinas
sobre la intensidad del marrón y toda la poética
rugosa, son solamente un peso
desmedido para su espalda
solitaria y un olor a veneno junto a la cabeza.

¿Cuándo la edad de oro?

¿llegará el horizonte?

¿o siempre será esta edad de chapas
relumbronas que lastiman?

Desde ahí arriba todo el entorno es pampa.

Una grisura verde

plana

que marca corazones muertos, cerebros inactivos.

A lo lejos la curva de la tierra invita

a viajes auspiciosos que –según Futuro–

alguna vez harán los dos.

Montañas, barrancas con mar mediterráneo

en el que puede olerse la historia, ríos limpios

entre ciudades gigantes, pinturas, esculturas,

fierros erguidos como reina de ajedrez.

Pero ahora,

lisura de la nada,

donde la casa en construcción

es un grano de arena y cemento

y piedras.

Ilusorio final de obra.